



Al maestro con cariño

Hace muchos años leyendo, *“La Rebelión de la Granja”* de George Orwell, me encontré con una frase que decía algo así: “Todos somos iguales pero tenemos unos más iguales que otros”.

Más allá de la sonrisa generada, el concepto me vino como anillo al dedo con lo que pienso. Aunque parezca verdad de Perogrullo, lo cierto es que todos somos iguales ante la ley, ahí no deben existir preferencias o ponderaciones de ningún tipo.

Sin embargo, lo cierto es que todos somos distintos y la diversidad del género humano es lo que hace tan atractivo el oficio de investigar.

Ante esta jungla dispersa y diversa, encuentro dos características que, me parece, dividen a los grandes sujetos del resto. Los que ven más lejos y los que ven por más gente (inteligencia y bondad).

En la primera cualidad se engloba esa capacidad de análisis que permite lograr metas/conclusiones que alcanzan mayor profundidad y generan más luz sobre el tema.

En la segunda se encuentran esas personas que son capaces de sustraerse del yo, que piensan y actúan a partir del bien común. Tristemente cada vez encuentro menos personas en este *track*. Hoy día formar equipos es una tarea harto complicada por la inexistencia del “nosotros” y del oficio de analizar.

La fundación de la AMAI fue un momento maravilloso en mi vida porque tuve la gran suerte de coincidir con gente buena y brillante que puso el objetivo común muy por delante de cualquier mezquindad personal.

Más de dos décadas después, volteo y veo que una gran cantidad de esos pioneros ya no nos acompañan. Algunos murieron, otros vendieron sus empresas, en fin, muchos y muy valerosos ya no están.

Pero ese interés en la Asociación se fue nutriendo de colegas más jóvenes con visión y nuevos talentos. Entre ellos, uno de los más destacados –indudablemente– ha sido Ricardo Barraeta; no tengo claro ni cuándo ni cómo lo conocí, pero sí tengo la sensación de que siempre me comunicó una gran confianza y paz. Donde está Ricardo las cosas salen y salen bien.

No sólo fue presidente de la Asociación, sino que fue el encargado de los proyectos más complejos. Antisolemne, rudo, brutalmente claro, ha sido un colaborador y jefe asertivo y muy exitoso.

Cero exhibicionista y con la camiseta puesta, sintetiza a la generación que tomó la estafeta y no sólo vigorizó sino transformó al gremio. Conozco a Ricardo, me considero su amigo y yo sí puedo presumir por él; es uno de los hombres más buenos y talentosos que he conocido y estoy en la espera de su nueva etapa en la que no tengo duda que revolucionará nuevamente el medio.

Abrazo y enhorabuena.

Luis Woldenberg

